

no deshonestidad, y fornicación manifiesta. Asimismo se pasarán á veces muchos años sin que suceda entre los que son tocados de esta locura ninguna cosa que sea directamente contraria á la castidad del cuerpo, no alargándose los tales á mas que comunicarse los corazones con deseos, suspiros, ternezas, y otras semejantes boberías, y vanidades, haciéndolo por diversas pretensiones. Los unos no tienen otro designio sino el satisfacer, y hartar sus corazones, enamorando, así los ágenos, como los propios, siguiendo en esto su amorosa inclinación. Estos no miran otra cosa en la elección de sus amores sino á su gusto, é instinto; pues luego que se les ofrece algun sugeto agradable, sin examinar su interior, ni calidad, comienza esta comunicacion de amor, metiéndose voluntariamente en su miserable red, de la qual para salir despues habrán de padecer no pequeño trabajo. Otros se dexan llevar de esta locura por vanidad, pareciéndoles que no es pequeña gloria el prender, y ligar los corazones con amor; y estos como hacen su elección por vanagloria, echan sus anzuelos, y tienden sus redes en lugares espaciosos, raros, relevados, é

ilustres. Otros se dexan llevar tanto por su inclinacion amorosa, como por su vanidad, y juntan estas dos cosas; y así, aunque estos tengan el corazon inclinado al amor, no por eso quieren emprenderle sin alguna ventaja de gloria. Estas amistades son todas malas, locas, y vanas: malas, por quanto á la fin se terminan, y acaban en el pecado de la carne, y que las tales roban el amor, y por consiguiente el corazon á Dios, á la muger, y al marido, en quienes debia estar. Locas, por quanto no tienen fundamento, ni razon. Vanas, porque no traen ningua provecho, honra, ni contento; antes por el contrario pierden el tiempo, y embarazan la honra, sin dar ningun gusto, sino el de una ansia de pretender, y esperar, sin saber lo que se quieren, ni lo que se pretenden; porque les parece siempre á estos apocados, y flacos ánimos, que hay un no sé qué digno de desear en las muestras que le dan de reciproco amor, sin que sepan decir qué sea la razon de que su deseo no se termine jamas, sino que antes aumentándose, siempre los aprieta el corazon con perpetua desconfianza, inquietud, y zelos.

San Gregorio Nazianzeno,

es-

escribiendo contra las mugeres vanas, habla maravillosamente sobre este sugeto. Esta es una pequeña parte, y buena para entrambos sexos: "Tu natural hermosura basta para tu marido; que si esta es para muchos hombres, como una red tendida para una tropa de pájaros, tal verás que te agrada, á quien tambien agrada tu hermosura, y entonces paragarás una ojeda con otra, y un semblante con otro, siguiendo luego las risas, y dichos amorosos, arrojados al principio á hurto; pero domesticándose, bien presto se pasará á manifiestas desevoluciones. Guárdate bien, ó lengua mia parlara, de decir lo que despues sucederá: con todo eso no dexaré de decir esta verdad. Ninguna cosa de quantas la gente moza dice, y hace en estas juntas, y locos discursos, está libre de agudos anzuelos, que tiran, y llaman á mil viciosos enredos; todas las patrañas de éstos que se llaman enamorados, estan eslabonadas la una con la otra; y siguen ni mas ni menos que un hierro tocado de la piedra imán, que tira á sí consecutivamente otros muchos."

O qué bien dice este gran

Obispo! Qué es lo que piensas hacer? Dar amor? Mas nadie da de buena gana, que no tiene lo necesario. Quien gana, es ganado en juego. La hierba Aproxis recibe, y concibe el fuego luego que le ven nuestros corazones son de la misma manera; porque luego que ven un alma inflamada de amor por ellos, al mismo punto se abrasan por ella. Diráme alguno, que bien querrá tomar, ó recibir amor; pero no mucho. Ah pobre de tí, y cómo te engañas! que este fuego de amor es mas activo, y penetrante de lo que te parece. Entenderás no recibir sino una centella; pero espántate no poco de ver que en un momento se habrá apoderado de todo tu corazon, reducido en ceniza todas tus resoluciones, y en humo tu reputación. El Sábio se lamenta: *Quién tendrá compasion de un encantador picado de la serpiente?* Y yo me lamento despues de él: O locos, y desatinados! pensais encantar al amor para poderle manejar á vuestro apatito? Quereis burlar con él? El os morderá, y picará hasta lo vivo. Sabes tú, pues, lo que dirán despues? Todos se burlarán de tí, y se reirán de que hayas querido encantar al amor, y de que debaxo de una

una

una falsa seguridad hayas alojado en tu seno una culebra tan peligrosa, la qual te ha echado á perder, y destruido alma, y honra.

O Dios, y qué ceguera es esta! querer jugar al fiado sobre prendas tan frívolas la principal pieza de nuestra alma! Sí, Filotea: esto es así, porque Dios no quiere al hombre sino por el alma; ni al alma, sino por la voluntad; ni á la voluntad, sino por el amor. Fuera de esto no tenemos, ni con mucho, hartó amor, según el que habíamos menester. Quiero decir, que nos falta amor en infinito para el que debíamos tener para amar á Dios, y no obstante esto le desperdiciamos, y derramamos en cosas locas, vanas, y frívolas, como si tuviéramos demasiado. Nuestro Dios, como quien se reservó para sí el solo amor de nuestras almas, en reconocimiento de su creacion, conservacion, y redencion, nos pedirá cuenta bien estrecha de estos nuestros locos placeres: que si sabemos que ha de hacer un exácto exámen aun de las palabras ociosas, qué hará de las amistades ociosas, impertinentes, locas, y perniciosas?

El nogal daña grandemente las viñas, y campos donde es-

tá plantado, que como es tan grande, tira á sí toda la virtud de la tierra, la qual no puede despues bastar al nutrimento de las demas plantas. Su hoja es tan espesa, que hace una sombra grande y cerrada, tirando á sí los pasageros, los quales por coger de su fruto, dañan, y pisan su contorno. Estos amores vanos hacen los mismos daños al alma, porque la ocupan de manera, y tiran con tanta fuerza sus movimientos, que queda despues imposibilitada de ninguna buena obra. Sus hojas, esto es, sus entretenimientos, divertimientos, y traimientos, son tan frecuentes, que disipan, y pierden todo el tiempo; y en fin, tiran á sí tantas tentaciones, distraimientos, sospechas, y otras conseqüencias, que tienen todo el corazon destruido, y dañado. Y últimamente digo, que estos amores vanos destierran, no solo al amor divino, mas tambien el temor de Dios, debilitan el espíritu, menguan la reputacion, y son en una palabra el juguete de los corazones: mas, son la peste de ellos.



CAPITULO XIX.

De las verdaderas amistades.

A Marás á todos, Filotea mia, con un amor grande, y caritativo; pero no tendrás amistad sino con aquellos que puedan comunicar contigo cosas virtuosas; y quanto mas exquisitas sean las virtudes que comunicares, tanto mas será tu amistad perfecta. Si comunicas las ciencias, tu amistad será sin duda digna de alabanza, y mas si comunicas las virtudes, como la prudencia, discrecion, fortaleza, y justicia. Pero si tu reciproca comunicacion fuere de la caridad de la devocion, y de la perfeccion Christiana; ó buen Dios, y qué preciosa será tu amistad! Será excelente, porque viene de Dios: excelente, porque mira á Dios: excelente, porque su atadura es Dios; y excelente, porque durará eternamente en Dios. O qué bueno es amar en la tierra como se ama en el Cielo, y aprender á querernos en este mundo como harémos eternamente en el otro! Y no trato del amor simple de caridad, porque este debemos tener á todos los hombres: solo hablo de la amistad espiritual, por la qual, dos ó tres, ó mas almas se comunican su devo-

cion, sus deseos espirituales, y se hacen entre ellas de un solo espíritu. Con justa razon podrán cantar estas dichosas almas: *O qué bueno, y qué agradable es el habitar los hermanos juntos!* Sí, porque es el bálsamo regalado de la devocion, destilado de uno en otro corazon. Por una continua participacion se puede decir que Dios derrama sobre esta amistad su bendicion, y la vida, hasta los siglos de los siglos.

Paréceme que todas las otras amistades no son sino sombras comparadas con esta; ni sus ligaduras sino cadenas de vidrio, ó fragil barro, para con las ligaduras de la santa devocion, que son todas de oro.

No hagas, pues, amistades de otra manera; quiero decir, de las amistades que tú hicieres: porque no se deben por esto dexar, ni menospreciar las amistades que la naturaleza, y las precedentes obligaciones te obligan á entretener, como de los parientes, de los aliados, de los bienhechores, de los vecinos, y otros: solo hablo de las que tú por eleccion escoges.

Muchos te dirán (podrá ser) que no se ha de tener ninguna suerte de particular aficion, ni amistad, por quanto estas ocupan el corazon, distraen el es-

píritu, y engendran las pesadumbres; mas engañanse en su consejo, que como han visto en los escritos de muchos Santos, y devotos Autores, que las amistades particulares, y aficiones extraordinarias dañan infinito á los Religiosos, piensan que se entiende lo mismo con todos los demas del mundo; pero la diferencia es grande: porque debaxo de que en un Monasterio bien reglado el designio comun de todos mira á la devocion, no es necesario el hacer particulares comunicaciones, de modo, que buscando en particular lo que es comun, no se pase de las particularidades á las parcialidades; pero quanto á los que estan entre los mundanos, y que abrazan la verdadera virtud, les es necesario el alentarse los unos á los otros con una santa, y sacra amistad, porque por este medio se animan, se ayudan, y se encaminan al bien; y como los que caminan por el llano no han menester darse la mano, sino los que se hallan en caminos ásperos, y escabrosos, porque entónces se asen, y ayudan los unos á los otros para caminar con mas seguridad; así los que estan en las Religiones no tienen necesidad de particulares amistades, sino los que estan en

el mundo, para ayudarse, y socorrerse los unos á los otros en el pasage de tantos peligrosos pasos. En el mundo no todos conspiran á un mismo fin, ni todos tienen un mismo juicio. Menester es, pues, sin duda ponerse aparte, y hacer amistades segun nuestra pretension; y esta particularidad hace una parcialidad, pero parcialidad santa; la qual no hace ninguna division, sino la del bien, y el mal, de las ovejas, y las cabras, y de las abejas, y los zánganos, que es separacion necesaria.

No se puede negar que nuestro Señor no amase con una mas dulce, y especial amistad á San Juan, Lázaro, Marta, y Magdalena, porque la Escritura nos lo muestra. Tambien se sabe que San Pedro amaba tiernamente á San Marcos, y Santa Petronila; como San Pablo tambien á su Timótheo, y Santa Tecla. San Gregorio Nazianzeno se preciaba cien veces de la sin igual amistad que tuvo con San Basilio el Magno, y le escribe de esta suerte: "No parece sino que
"en nosotros dos no hay sino
"una sola alma en dos cuerpos;
"pos; que si no se ha de creer
"á los que dicen que todas cosas
"están en todas cosas, no
"por eso hemos de dexar de
"dar

CAPITULO XX.

De la diferencia que hay entre las verdaderas, y vanas amistades.

"dar crédito á que entrambos
"á dos estamos en el uno de
"los dos, y el uno en el otro.
"Una sola pretension tenemos
"entrambos, que es de
"cultivar la virtud, y acomodar
"los designios de nuestra
"vida á las esperanzas futuras,
"saliendo así fuera de la tierra
"mortal antes del morir." San
"Agustín nos muestra como San
"Ambrosio amaba únicamente á
"Santa Mónica por las raras virtudes
"que habia en ella, y que ella
"recíprocamente le amaba como á
"un Angel de Dios.

Mas no tengo razon de detenerme, y embebecerte en cosa tan clara. San Gerónimo, San Agustín, San Gregorio, San Bernardo, y todos los mayores Siervos de Dios, han tenido particulares amistades, sin daño de su perfeccion. San Pablo reprehendiendo el abuso de los Gentiles, los acusa de haber sido gentes sin aficion; esto es, que no tenían ninguna amistad. Y Santo Thomas, como todos los buenos Filósofos, confiesa que la amistad es virtud: habla de la amistad particular, pues dice:
"La perfecta amistad no puede
"de estenderse á muchas personas.
"La perfeccion, pues, no
"consiste en no tener amistad,
"sino en tenerla buena,
"santa, y sagrada."

Aquí tienes, pues, Filotea mia, el mas principal aviso de quantos puedo darte acerca de este sugeto. La miel de Heraclea, que es venenosa, parece á la otra que es saludable. Gran peligro, pues, se corre de tomar la una por la otra, y de tomarlas mezcladas; porque la bondad de la una no impediría la malignidad de la otra. Menester es, pues, tener cuenta para que no te engañies en estas amistades, principalmente quando estas son entre personas de diverso sexó, debaxo de qualquier pretexto que sea; porque en un momento Satanás hace volver la casaca á los que aman. Comienzan por el amor virtuoso; pero si no hay mucha prudencia, bien presto se mezclará el amor frívolo, despues el amor sensual, y despues el amor carnal; y aun de la misma manera hay peligro en el amor espiritual, si no se tiene buena cuenta, aunque en este sea mas difícil la mudanza, por quanto su pureza, y blandura dan mejor á conocer las manchas con que Satanás procura amancillar las almas. Por esto, pues,

pues, quando lo intenta es con tanta fineza, que procura hacer deslizar á las deshonestidades casi insensiblemente.

Conocerás la amistad mundana entre la santa, y virtuosa, como se conoce la miel de Heraclea entre la otra. La miel de Heraclea es mas dulce á la boca que la ordinaria, por causa del acónito, que la da aun mayor dulzura; y la amistad mundana produce ordinariamente gran cantidad de palabras azucaradas, con una junta de ciertos motes apasionados, y alabanzas fundadas en la hermosura, en la gracia, y en las calidades sensuales. Pero la amistad santa tiene un language simple, y noble, y no puede alabar sino la virtud, y gracia de Dios, único fundamento, sobre el qual se funda. La miel de Heraclea luego que se ha comido causa un desvanecimiento de cabeza; y la falsa amistad provoca á un desvanecimiento de espíritu, que hace titubear á la persona en la castidad, y devocion, trayéndola á señas afectadas, tiernas, é immoderadas; á caricias sensuales, á suspiros desordenados, á ciertas quejas de no ser amado, á pequeñas, pero buscadas, y halagueñas ceremonias, y galanterias. Camina por aquí pa-

ra llegar á la licencia de los actos, familiaridades, y favores deshonestos: presagios ciertos, é indubitables de una cercana ruina de la honestidad. Mas la amistad santa no tiene sino ojos simples, y vergonzosos; ni caricias, sino puras, y nobles; ni suspiros, sino para el Cielo; ni familiaridades, sino para con el espíritu; ni quejas, sino quando Dios no es amado: señales infalibles de la honestidad. La miel de Heraclea turba la vista, y esta amistad mundana turba el juicio: de suerte, que los que son tocados de ella, piensan hacer bien en haciendo mal, y entienden que sus excusas, pretextos, y palabras sean verdaderas razones: temen la luz, y aman las tinieblas. Pero la amistad santa tiene los ojos claros, y no se esconde, sino antes parece de buena gana delante de la gente virtuosa. En fin, la miel de Heraclea da una grande amargura en la boca: así las falsas amistades se convierten, y acaban en palabras, y demandas carnales, y hediondas; ó en caso que estas no se admitan, en injurias, calumnias, embustes, tristezas, confusiones, y zelos, lo qual todo pára bien presto en brutalidades, y desatinos; pero la casta amistad

es

es siempre igualmente honesta, comedida, y amigable, y jamas se convierte sino en una mas perfecta, y pura union de espíritu: imagen viva de la amistad, y bien dichoso, que en el mismo Cielo se exerce.

San Gregorio Nazianzeno dice, que quando grita el pabon, luego que hace la rueda de sus plumas, excita en estremo á las hembras que le oyen á la lubricidad. Así quando vemos á un hombre galantear, componerse, y llegarse con alhagos, ternezas, y embustes á las orejas de una muger, sin pretension de un justo matrimonio, sin duda que lo hace para provocarla á alguna deshonestidad. Entónces la muger, si es honrada, cerrará las orejas por no oír el grito del pabon, y la voz del encantador, que la quiere encantar con finezas; que si le oye, ó Dios, y qué mal agüero! porque lo será sin duda de la futura pérdida de su corazon.

La gente moza, que hacen señas, finezas, y caricias, ó dicen palabras, en las quales no querrian ser oídos de sus padres, madres, maridos, mugeres, ó confesores, muestran que tratan de cosa agena del honor, y la conciencia. Nues-

Tom. II.

tra Señora se turbó viendo un Angel en forma humana, porque estaba sola, y que la decia extremas, aunque celestes alabanzas. O Salvador del Mundo! La pureza teme un Angel en forma humana? Por qué, pues, la inmundicia no temerá un hombre, aunque estuviese en figura de Angel, quando la alaba con alabanzas sensuales, y humanas?

CAPITULO XXI.

Aviso, y remedios contra las malas amistades.

QUÉ remedio, pues, contra este género, y forma de locos amores, locuras, y deshonestidades? Al punto que vieres en tí las menores señales, vuélvete luego del otro lado, y con una detestacion absoluta de esta vanidad corre á la Cruz del Salvador, y toma su Corona de espinas para rodear tu corazon, porque estas raposillas no se te lleguen: guárdate de venir á ninguna suerte de trato con este enemigo; no digas Oírle, mas no haré nada de lo que me dirá; ni: Prestaréle la oreja, mas rehusaré el corazon. O! no, Filotea: por amor de Dios te ruego seas rigurosa en tales ocasiones. El corazon, y las orejas se en-

O

re-

trietienen el uno al otro; y como es imposible el detener una corriente, que ha tomado su curso por la caída de una montaña, así es dificultoso el estorvar que el amor que ha caído en las orejas, no haga al mismo punto caída en el corazón. Verdad es que Aristóteles lo niega: no sé en qué lo funda; pero bien sé que nuestro corazón alienta por la oreja, y que como aspira, y exhala sus pensamientos por la lengua, respira también por la oreja, por la qual recibe los pensamientos ajenos. Guardemos, pues, con cuidado nuestras orejas del ayre de locas palabras; porque de otra suerte nuestro corazón será al punto apesado. No oygas ninguna suerte de proposiciones sobre ningún pretexto que sea: en este solo caso no importa mostrarse descortés, y rústica.

Acuérdate que has votado tu corazón á Dios, y que tu amor le está ya sacrificado. Sacrilegio, pues, sería el quitarle un solo bien: sacrifícale antes de nuevo con mil resoluciones, y protestaciones; y asegurándote entre ellas, como un ciervo en su guarida, reclama á Dios, y te socorrerá, y su amor tomará el tuyo en su protección, para que viva únicamente por él; y si

estás ya cogida entre las redes de estos locos amores, ó Dios, y cuánta dificultad habrá en el sacarte de ellas! Ponte delante de su Divina Magestad: conoce en su presencia la grandeza de tu miseria, tu flaqueza, y vanidad: despues con el mayor esfuerzo de corazón que te sea posible abomina estos comenzados amores, detesta la vana profesion que has hecho de ellos, renuncia todas las promesas recibidas, y con una grande, y absoluta voluntad resuelve en tu corazón de nunca mas entrar en estos juegos, y entretenimientos de amor.

Si pudieres alexarte del objeto, aprobarélo infinito; porque como los que han sido mordidos de las serpientes, no pueden con facilidad sanar en presencia de los que otra vez han sido heridos de la misma mordedura; así la persona que está picada de amor, sanará con dificultad de esta pasión, mientras estuviere cerca de la otra que ha sido tocada de la misma picadura. La mudanza de lugar sirve en extremo para apaciguar los ardores, y inquietudes, sean de dolor, ó amor. El mozo de quien habla San Ambrosio en el libro segundo de la Penitencia, habiendo hecho un largo cami-

no,

no, volvió de todo punto libre de unos locos amores que habia tenido, y de tal manera trocado, que encontrándole su loca enamorada, y diciéndole: No me conoces por ventura? Mira que yo soy yo misma. Si serás (respondió el mozo), mas yo no soy yo mismo. La ausencia le fue causa de esta dichosa mudanza. Y San Agustin dice que para aliviar el dolor que recibió en la muerte de su amigo, se salió de Tagaste, Lugar donde murió, y se fue á Cartago.

Pero quien no puede alexarse qué es lo que hará? Habrá menester dexar absolutamente toda conversacion particular, todo entretenimiento secreto, toda dulzura de ojos, todo semblante risueño, y generalmente toda suerte de comunicacion, y cebo, que puede alimentar este fuego hediondo, y humoso. Y si el tal no escusáre hablar al cómplice, que sea para declarar entónces por una atrevida, corta, y severa protestacion el divorcio eterno que ha propuesto, y jurado. Torno, pues, á decir en alta voz á qualquiera que hubiere caído en el lazo de estos vanos amores, que le corte, despedacese, y rompa. No es bien detenerse

en descoser estas locas amistades; rasgarlas es menester. No se han de desnudar las ligaduras; mejor es cortarlas, y romperlas: así como así sus cuerdas, y ataduras no valen nada. No es bien regatear el desastrosos de un amor que es tan contrario al amor de Dios. Pero despues que habré de esta suerte rompido las cadenas de esta infame esclavitud, aún me quedará algun resentimiento; y las señales, y forma de los hierros se mostrarán aún impresas en mis pies; esto es, mi afición: mas no quedarán, Filotea, como hayas abominado tu mal tanto como mereces; porque si esto hicieres, no verás en tí otro movimiento, sino un horror del vano amor pasado, y de todo aquello que de él depende, y quedarás para con el objeto ya dexado libre de toda afición, y solo con aquella de una purísima caridad para con Dios. Mas si por la imperfeccion de tu arrepentimiento te queda aún alguna mala inclinacion, procura poner tu alma en una soledad mental, segun te he mostrado atras, y retírate quanto puedas; y con mil retiradas, y asaltos de espíritu reconoce todas tus inclinaciones, abomínalas con todas tus fuerzas, lee los libros devotos mas que lo

O 2 or-

ordinario: confiéstate, y comúlgate mas amenado que suelen: confiere con humildad, y rectitud todas las sugeriones, y tentaciones, que acerca de esto sintieres, con tu Maestro, si pudieres, ó á lo menos con alguna alma fiel, y prudente; y no dudes sino que Dios te libraré de todas pasiones, como tú continues fielmente en estos ejercicios.

Dirásme sin duda: Pues cómo? No será una grande ingratitud el romper una amistad con tanta vehemencia? O qué dichosa es la ingratitud que nos hace agradables á Dios! No, Filotea, no será ingratitud; antes será un gran beneficio que harás al amante, porque rompiendo tú tus ataduras, romperás tambien las suyas, pues estas os eran comunes; y aunque por entónces no aperciba su buena dicha, él la conocerá poco despues sin duda, y cantará contigo por accion de gracias: O Señor! tú has rompido mis ataduras: yo sacrificaré la hostia de alabanza, y invocaré tu santo nombre.

CAPITULO XXII.

Algunos otros avisos sobre este sugeto de amistad.

AUN tengo un advertimiento de importancia

cerca de este sugeto: la amistad requiere una gran comunicacion entre los amantes, y sin ésta ni podría nacer, ni subsistir. Por esto sucede muchas veces, que con la comunicacion de la amistad nos deslizamos á otras muchas comunicaciones, indignas á veces de una verdadera amistad. Sucede esto principalmente quando estimamos en extremo á aquel á quien amamos; porque entónces abrimos de tal suerte el corazon á su amistad, que con ella se nos entran por entero, y con facilidad sus inclinaciones, y impresiones, ya sean malas, ó buenas. Vemos que las abejas que hacen la miel de Heraclia, no buscan sino la miel; pero con ella chupan insensiblemente las calidades venenosas del acónito, sobre el qual hacen su cosecha. O Dios, Filotea! menester es practicar bien en este sugeto la palabra que el Salvador de nuestras almas solía decir, y conforme nuestros pasados nos han enseñado: *Sed buenos cambios, y monederos*; quiere decir: *No recibais la falsa moneda con la buena, ni el oro baxo con el fino; apartad lo bueno de lo malo.* Si, porque no hay casi ninguno que no tenga alguna imperfeccion. Qué razon hay, pues, para re-

recibir las faltas, é imperfecciones del amigo con su amistad? Justo es por cierto amarle, no obstante su imperfeccion; mas no por eso se ha de amar, ni recibir su imperfeccion: porque la amistad requiere la comunicacion del bien, pero no del mal. Así como los que codiciosos buscan entre las ricas corrientes del Tajo sus doradas arenas, que separando el oro de ellas para llevárselo, dexan lo arenisco, y cenagoso á las orillas; así los que gozan de la comunicacion de alguna buena amistad, deben separar la arena de las imperfecciones, sin dexarla entrar en sus almas. San Gregorio Nazianzeno dice, que amando, y admirando las virtudes de San Basilio, muchos le procuraban imitar hasta en sus imperfecciones exteriores, en su hablar lentamente y con un espíritu abstracto, y pensativo, en la forma de su barba, y en ciertas retiradas que hacia quando andaba. Y aun vemos hombres, mugeres, niños, y amigos, que haciendo grande estima de sus amigos, padres, maridos, y mugeres, se les pegan mil males, aunque pequeñas impropiedades, en el comercio de la amistad que practican. Esto, pues, no se debe de ninguna manera ha-

Tom. II.

cer, porque no hay á quien no le basten sus malas inclinaciones, sin cargarse de las de los otros: y no solo no requiere esto la buena amistad, sino antes obliga á ayudarnos uno á otro, para que así reciprocamente nos podamos librar, y dexemos toda suerte de imperfeccion. Menester es sin duda el sobrellevar al amigo mansamente en sus imperfecciones; pero no el llevarle á ellas, y mucho menos el traerlas á nosotros.

Hablo solo de las imperfecciones; porque quanto á los pecados, ni se han de llevar, ni sobrellevar en el amigo. Amistad es, ó debil, ó mala; el ver perecer al amigo, y no socorrerle: verle morir de una postema, y no osar llegarle la navaja de la correccion para salvarle. La verdadera y viva amistad no puede durar entre los pecados. Dicen que la Salamandra mata el fuego sobre que se echa; y el pecado arruina la amistad donde se aloja. Si es un pecado pasagero, la amistad le pondrá en huida por la correccion; pero si permanece, y se domestica, al mismo punto la amistad perece, porque esta no puede durar, y subsistir sino sobre la verdadera virtud. Quanto menos, pues, se debe pecar don-

O 3 de

de hay amistad? El amigo es enemigo quando nos quiere conducir al pecado, y merece perder la amistad quando quiere perder y condenar al amigo. Así es una de las mas seguras señales de falsa amistad el tenerla con persona viciosa, comunicando con ella qualquier suerte de pecado que sea. Si aquel á quien amamos es vicioso, sin duda que nuestra amistad es viciosa; que pues esta no puede mirar la verdadera virtud, es fuerza que considere alguna virtud loca, y alguna calidad sensual.

La compañía que se hace entre los Mercaderes por el provecho temporal, no tiene sino la imagen de la verdadera amistad; porque esta se hace, no por el amor de las personas, sino por el amor de la ganancia.

En fin, estas dos divinas palabras son dos grandes columnas para asegurar la vida Christiana. La una es del Sabio: *Quien teme á Dios tendrá por consiguiente una buena amistad.* La otra es de Santiago: *La amistad de este mundo es enemiga de Dios.*



CAPITULO XXIII.

De los ejercicios de la mortificación exterior.

LOS que tratan de las cosas rústicas, aseguran que si se escribe alguna palabra sobre una almendra entera, tornándola á meter despues en su cáscara, doblándola, y cerrándola con curiosidad, y plantándola de esta suerte, en toda la fruta del árbol, que saldrá despues, se hallará escrito, y gravado lo mismo que antes se habia escrito. Quanto á mí, Filotea, nunca he podido aprobar el método de los que para reformar al hombre comienzan por lo exterior, por las demostraciones, por los vestidos, y por los cabellos. Paréceme lo contrario, y que se debe comenzar por lo interior. *Convertitos á mí* (dice el Señor) *de todo vuestro corazon. Hijo mio, dame tu corazon.* Porque siendo el corazon el manantial y origen de las acciones, ellas son tales, qual él es. El Esposo Divino, convidando al alma, *Ponme*, dice, *como un sello sobre tu corazon: como un sello sobre tu brazo.* Si, Filotea, porque quien tiene á Jesu-Christo en su corazon, bien presto le tendrá en todas sus acciones exteriores. Por esto, pues, he querido ante todas

co-

cosas gravar, y escribir sobre tu corazon *Viva Jesus*, segun de que despues de esto tu vida, la qual procede de tu corazon, como un almendo de su pepita, producirá á todas sus acciones, que son frutos, escritas, y gravadas del mismo nombre de salud; y que como este dulce nombre de Jesus vivirá dentro de tu corazon, vivirá tambien en todas tus obras, y se mostrará en tus ojos, en tu boca, en tus manos, y aun hasta en tus cabellos, y podrás santamente decir á imitacion de San Pablo: *Yo vivo, pero no mas yo; antes Jesu-Christo vive en mí.* En fin, quien ha ganado el corazon del hombre, ha ganado todo el hombre; pero este mismo corazon, por el qual queremos comenzar, pide que le instruyan, y enseñen cómo ha de portarse en sus costumbres, y acciones exteriores.

Si puedes llevar el ayuno, harás bien de ayunar algunas veces, sin que la Iglesia nos lo mande; porque fuera de los efectos ordinarios del ayuno, como levantar el espíritu, reprimir la carne, practicar la virtud, y adquirir mayor recompensa en el Cielo, es un gran bien el ver que por su medio se destruye la misma gula, y se tiene el apetito sensual, y

el cuerpo sugeto á la ley del espíritu. Y quando no se ayune mucho, el enemigo con todo eso nos teme mas quando sabemos ayunar. Los Miércoles, Viernes, y Sábados son los dias en que los antiguos Christianos se exercitaban mas en la abstinencia. Escoge, pues, de estos dias los que tu devocion, y la discrecion de tu Confesor te aconsejaren.

De buena gana diria yo como San Gerónimo decia á la virtuosa Leta: *Los largos, é immoderados ayunos me desagradan mucho, principalmente en los que estan en muy tierna edad.* He aprendido por experiencia, que el pequeño juventillo, hallándose cansado en el camino, procura despedir de sí la pesada carga; esto es, que la gente moza, cayendo en las enfermedades por el exceso de las ayunos, se dan facilmente á la delicadeza, y regalo. Los ciervos corren mal en dos tiempos, quando estan muy cargados de gordura, y quando muy flacos. Así nosotros estamos muy expuestos á las tentaciones quando nuestro cuerpo está muy repleto, ó muy flaco; porque lo uno le hace insolente en su placer, y lo otro desesperado en su pesar. Y como no le podemos llevar quando está muy

O 4 gor-

gordo, así no nos puede llevar quando está muy flaco. La falta de esta moderación en los ayunos, disciplinas, cilicios, y asperezas, hacen inútiles al servicio de la caridad los mas floridos años de muchos, como hizo tambien á San Bernardo, que se arrepintió de haber usado de demasiada austeridad; y quanto esta al principio le maltrató, le lisonjeó á la fin. No hubiera sido mejor hacerle un tratamiento igual, y proporcionado á los oficios, y trabajos, á que su condicion le obligaba?

El ayuno, y trabajo amortiguan, y abaten la carne; y si el trabajo que hicieres fuere necesario, ó muy provechoso al servicio de Dios, mas quiero que sufras la pena del trabajo que la del ayuno. Así lo siente la Iglesia, la qual por los trabajos útiles al servicio de Dios, y del próximo, descarga á los que los exercen de los ayunos, aunque sean de precepto. Uno tiene trabajo en ayunar, otro en servir los enfermos, visitar los presos, confesar, predicar, consolar los afligidos, rezar, y otros semejantes ejercicios. Esta pena vale mas que esta; porque fuera de que causa igualmente mérito, tiene en sí frutos, y provechos mucho mas dignos de desear. Y

hablando generalmente, mejor es conservar mas fuerzas de las que hemos menester, que arruinar las que hemos menester; porque bien se pueden abatir quando se quiere, mas no se pueden reparar siempre que se quiere.

Paréceme que debemos tener en grande reverencia la palabra que nuestro Señor dice á sus Discípulos: *Comed lo que fuere puesto delante de vosotros.* Mejor virtud es, segun yo entiendo, el comer sin eleccion lo que te presentan, y en la misma orden que te lo presentan, sea, ó no á tu gusto, que el escoger siempre lo peor; porque aunque esta última manera de vivir parece mas áspera, la otra tiene mas de resignacion, porque por ella no solo se renuncia su gusto, pero tambien su eleccion: y tambien no es poca aspereza el hacer el gusto de qualquier otro, y tenerle sugeto á qualquier semejante ocasion, ó encuentro. Fuera de que esta suerte de mortificacion no se echa de ver, ni desacomoda la persona, y es únicamente propia para la vida civil. Retirar una vianda para tomar otra, tocar, y pellicar todos los platos, no hallar nunca en mas estima que San Bernardo bebiese aceyte por agua,

agua, ó vino, que si bebiera agua de agenjos con atencion; porque esto era señal que no pensaba en lo que bebia. En este descuido, pues, en lo que se come, ó bebe, consiste la perfeccion de la práctica de esta palabra sagrada. No dexo por esto de hacer excepcion de las viandas contrarias á la salud, ó que desacomodan el espíritu, como hacen á muchos las viandas calientes, especies humosas, y ventosas, y ciertas ocasiones, en las quales la naturaleza tiene necesidad de alguna recreacion, y ayuda para poder continuar algun trabajo á la gloria de Dios. Una continua, y moderada templanza es mejor que las abstinecias violentas, hechas á diversos tiempos, y entremetidas de grandes excesos.

La disciplina tiene una maravillosa virtud para despertar la devocion, usándola con moderacion. El cilicio amortigua en extremo el cuerpo; pero su uso no es de ordinario propio ni á la gente casada, ni á las delicadas complexiones, ni á los que tienen obligacion de pasar por otras grandes penas, ó trabajos. Verdad es que en los dias mas señalados de la penitencia se puede traer, y esto con el parecer del Confesor.

Ha de tomar de la noche para dormir cada uno, segun su complexion, tanto quanto le es necesario para velar con utilidad el dia. Porque la Escritura Santa en muchos lugares, el exemplo de los Santos, y las razones naturales nos encomiendan grandemente las mañanas, como las mejores, y mas fructuosas horas de nuestros dias; y que nuestro Señor mismo es llamado Sol del Oriente, y nuestra Señora Alva del dia; pienso que es un cuidado virtuoso tenerle en recogerse temprano luego que anochece, para poder despertar, y levantarse de mañana. Es ciertamente el mas gracioso, el mas dulce, y el menos embarazado: en él hasta los mismos pájaros nos provocan á que recordemos, y demos gracias á nuestro Dios; de suerte, que el levantarse de mañana sirve á la salud, y á santidad.

Balaan sobre su asna iba á buscar á Balac; mas por quanto no tenia recta intencion, el Angel le esperó en el camino con una espada en la mano para matarle. La asna, que veia al Angel, se paró por tres diversas veces: Balaan la apaleaba con crueldad, procurando hacerla pasar adelante, hasta que á la tercera vez, dexán-

xándose caer de largo á largo debaxo de Balaan, le habló milagrosamente, y dixo: *Qué te he hecho yo? Por qué me has apaleado ya por tres veces?* Poco despues los ojos de Balaan fueron abiertos, y vió al Angel, que le dixo: *Por qué has apaleado tu asna? Si ella no se hubiera apartado de delante de mí, yo te hubiera muerto, y la hubiera reservado.* Entónces Balaan dixo al Angel: *Señor, yo he pecado, porque yo no sabia que tú te oponias contra mí en el camino.* Ves, Filotea? Balaan es la causa del mal, y tras eso maltrata, y apalea la pobre asna, que no tiene culpa. Esto nos acaece muchas veces en nuestros negocios. Porque la otra muger ve á su marido, ó hijo enfermos, luego corre al ayuno, al cilicio, ó á la disciplina, como hizo David por un semejante sugeto. O, amiga mía! tú maltratas la pobre asna: tú afliges tu cuerpo, sin que tenga ninguna culpa de tu mal, ni de que Dios haya desenvaynado su espada para tí. Corrige tu corazon, que es idólatra de este marido, y que permitió mil vicios al hijo, y le destinó al orgullo, á la vanidad, y á la ambicion. El otro hombre ve que cae muy amedunado, y torpemente en el pe-

cado de la luxuria, y que el remordimiento interior le acusa la conciencia, mostrándole una espada desnuda para herirle con santo miedo; y luego el corazon, volviendo en sí: Ah, indómita carne! (dice al cuerpo desleal) tú me has hecho traicion, y vendido; y ejecuta luego grandes castigos sobre esta carne, grandes, é inmoderados ayunos, pesadas disciplinas, y cilicios insoportables. O, pobre alma! si tu carne pudiera hablar como la asna de Balaan, ella te diria: Por qué me maltratas miserable? Contra tí, ó alma mía, Dios arma su venganza: tú eres la delinqüente. Por qué me llevas tú á las malas conversaciones? Por qué aplicas mis ojos, mis manos, y mis labios á las lascivias? Por qué me inquietas, y alborotas con malas imaginaciones? Ten buenos pensamientos, y yo no tendré malos movimientos. Conversa la gente honesta, y yo no seré combatida de mi concupiscencia. Pobre de mí! Eres tú quien me arrojas en medio del fuego, y no quieres que me quemé? Tú me pones el vino á los ojos, y no quieres que se inflamen? Dios, sin duda, os dice en tales casos: Maltratad, romped, herid, y despedazad vuestros corazones, prin-

principalmente porque contra ellos se ha mi enojo armado. Para sanar la comezon no es tan necesario el lavarse, y bañarse, como el purificar la sangre, y refrescar el hígado: así para curarnos de nuestros vicios bueno es el mortificar la carne; pero sobre todo es necesario el purificar nuestras aficiones, y refrescar nuestros corazones. En fin, en todo, y por todo no se deben emprender las asperezas corporales, sino con el parecer de nuestro Maestro espiritual.

CAPITULO XXIV.

De las conversaciones, y de la soledad.

EL buscar las conversaciones, y el huirlas son dos extremos dignos de vituperar en la devocion civil, que es aquella de que te hablo. El huirlas tiénes á desden, y menosprecio del próximo, y el buscarlas huele á ociosidad inútil. Hase de amar al próximo como á sí mismo. Para mostrar que le amamos, no se ha de huír el estar con él; y para verificar que nos amamos á nosotros mismos, nos hemos de agradar quando estamos con nosotros. Estamos, pues, con nosotros mismos quando estamos solos. *Piensa en tí mismo*

(dice San Bernardo), y *despues en los otros.* Si ninguna cosa te obliga ir á la conversacion, ó recibirla, quédate contigo misma, y entretente con tu corazon; mas si la conversacion se te ofrece, ó algun justo motivo te convida á ella, ve con Dios, Filotea, y mira á tu próximo con buen corazon, y buen ojo.

Llámanse malas conversaciones las que se hacen por alguna mala intencion, ó quando los que intervienen en ella son viciosos, indiscretos, y disolutos; y quanto á estas se les debe huír el cuerpo, como las abejas huyen de los zánganos, y moscones; porque como los que han sido mordidos de perros rabiosos, tienen el sudor, el aliento, y la saliva peligrosa, y principalmente para los niños, y gente de delicada complexion; así estos viciosos, y desordenados no pueden ser frecuentados sino con grande peligro, principalmente de los que son de devocion aún tierna, y delicada.

Hay conversaciones inútiles á toda otra cosa sino á la sola recreacion, las cuales se hacen por un simple divertimento despues de las ocupaciones importantes; y quanto á estas, como no debe totalmente darse á ellas, se les puede dar tam-

tambien lugar en el destinado á la recreacion.

Las otras conversaciones tienen por su fin la honestidad, como son las visitas reciprocas, y ciertas juntas que se hacen para honrar al próximo. Y quanto á estas, como no se debe ser supersticioso en el practicarlas, tambien no se ha de ser del todo descortés en el menospreciarlas; sino satisfacer con modestia á la obligacion que se tiene, á fin de evitar igualmente la rusticidad, y la liviandad.

Restan las conversaciones útiles, como son aquellas de las personas devotas, y virtuosas. O Filotea! estas, y su encuentro te causarán siempre un notable bien. La vñia plantada entre los olivos trae la uba jugosa, y tiene un gusto que tira á la acetyuna. Un alma, que se halla amenudo entre la gente virtuosa, no puede dexar de participar de sus calidades. Los zánganos solos no pueden hacer miel; pero con las abejas se ayudan á hacerla. Es una gran ventaja para exercitarnos bien en la devocion el conversar con las almas devotas.

En todas conversaciones la sinceridad, simplicidad, mansedumbre, y modestia, son siempre preferidas. Hay algunas personas, que no hacen

ninguna suerte de accion, ni movimiento, sino con tanto artificio, y afectacion, que no hay á quien no enfaden. Y como aquel que no queria nunca pasearse sino contando sus pasos, ni hablar sino cantando, seria cansado á todos los demas hombres; así los que tienen un ademan artificioso, y que no hacen nada sin afectacion, importunan, y cansan en extremo la conversacion; y en esta suerte de gente hay siempre alguna especie de presuncion. Bueno es que de ordinario mostremos en nuestras conversaciones una alegría moderada. San Romualdo, y San Antonio son en extremo alabados de que, no obstante todas sus asperezas, tenian siempre la cara, y las palabras llenas de alegría, regocijo, y afabilidad. *Reid con los que rien, y alegras con los alegres.* Dígote aún otra vez con el Apostol: *Está siempre alegre, pero en nuestro Señor, y que tu modestia parezca á todos los hombres.*

Para alegrarte en nuestro Señor es menester que el sugeto de tu alegría sea no solo licito, pero honesto. Digo esto, porque hay cosas lícitas, que no por eso son honestas; y para que tu modestia se conozca, guardarás de insolencias, las cuales sin duda son

siem-

siempre reprehensibles. Hacer caer al uno, tiznar al otro, picar al tercero, hacer mal á un loco, las tales son risas, y alegrías locas, y insolentes.

Fuera de la soledad mental, á la qual te puedes retirar en medio de las mayores conversaciones, segun se ha dicho atras, debes amar la soledad local; y real: no se entiende para ir á los desiertos, como Santa Maria Egypciaca, San Pablo, San Antonio, Arsenio, y los otros Padres solitarios; sino para estar algun rato en tu aposento, ó en tu jardin, ó donde mas á tu gusto puedas retirar tu espíritu á tu corazón, y recrear tu alma con buenas meditaciones, y santos pensamientos, ó con alguna buena lectura, á exemplo de aquel gran Obispo Nazianzeno, que hablando de sí mismo dice: "Yo me paseaba, yo mismo conmigo mismo sobre el Sol del Oriente, y pasaba el tiempo sobre la costa del mar; porque yo he acostumbrado usar de esta recreacion para rehacerme, y sacudirme un poco de las pesadumbres ordinarias." Y luego discurre del buen pensamiento que de aquí le nació; como he referido; y á exemplo tambien de San Ambrosio, del qual hablando San Agustin, di-

ce que muchas veces, habiendo entrado en su aposento (por quanto no rehusaban la entrada á ninguno) le miraba leer; y despues de haber esperado algun tiempo, temiendo desacomodarle, se tornaba sin hablar palabra, pareciéndole que aquel poco tiempo que so- braba á aquel gran Pastor para rehacer, y recrear su espíritu despues de la tarea de tantos negocios, no se le debía quitar. Tambien despues de haber un día los Apóstoles contado á nuestro Señor como habian predicado, y trabajado mucho, *Venid*, les dixo, *á la soledad, y reposad un poco.*

CAPITULO XXV.

De la decencia de los vestidos.

SAN Pablo devota que las mugeres devotas (lo mismo dice: "Yo me paseaba, yo mismo conmigo mismo sobre el Sol del Oriente, y pasaba el tiempo sobre la costa del mar; porque yo he acostumbrado usar de esta recreacion para rehacerme, y sacudirme un poco de las pesadumbres ordinarias." Y luego discurre del buen pensamiento que de aquí le nació; como he referido; y á exemplo tambien de San Ambrosio, del qual hablando San Agustin, di-

ce que muchas veces, habiendo entrado en su aposento (por quanto no rehusaban la entrada á ninguno) le miraba leer; y despues de haber esperado algun tiempo, temiendo desacomodarle, se tornaba sin hablar palabra, pareciéndole que aquel poco tiempo que so- braba á aquel gran Pastor para rehacer, y recrear su espíritu despues de la tarea de tantos negocios, no se le debía quitar. Tambien despues de haber un día los Apóstoles contado á nuestro Señor como habian predicado, y trabajado mucho, *Venid*, les dixo, *á la soledad, y reposad un poco.*

La limpieza exterior re-

representa en alguna manera la interior honestidad. Dios mismo encarga la honestidad corporal en los que andan cerca de sus Altares, y que tienen el principal cargo de la devoción. Quanto á la materia, y la forma de los vestidos, la decencia se considera por muchas circunstancias: del tiempo, de la edad, de las calidades, de las compañías, y de las ocasiones. Parece de ordinario mucho mejor el adorno en los días de fiesta, segun la grandeza del día que se celebra. En tiempo de penitencia, como en Quaresma, no hay quien dude la honestidad, y simpleza que se debe observar en el traje. En las bodas se traen los vestidos nupciales, y los de luto en las juntas fúnebres. Los que andan cerca de los Príncipes estiran las fuerzas, y con ellas las demas acciones, las quales deben moderar entre sus domésticos. La muger casada se puede, y debe adornar segun el gusto de su marido, y quando él lo desea; y si en su ausencia hace lo mismo, preguntará sin duda que á qué ojos quiere agradar, ó favorecer con adorno tan particular. A las doncellas se les permiten mas diges, y galas, por quanto pueden licitamente desear agradar á mu-

chos, aunque esto no sea sino con fin de ganar á solo uno para un santo matrimonio. No se tiene ya por malo que las viudas se adornen en alguna manera, con tal que no den nota de liviandad, y locura; que como han sido ya madres de familia, y pasado por el sentimiento de la viudez, tienen el espíritu puro, maduro, y templado. Pero quanto á las verdaderas viudas, que lo son, no solo de cuerpo, sino de corazón, ningun adorno les es conveniente, sino la humildad, la modestia, y la devoción; porque si es que quieren enamorar á los hombres, ya no son verdaderas viudas; y si no es esta su pretensión, para qué traen los instrumentos de ellas? Quien no quiere recibir huéspedes, menester es que quite la insignia de su casa. No hay quien no se ria de la gente vieja quando quiere pudrirse, y estirarse demasiado, porque esta es una locura solo á los mozos sufrible.

Andarás aseada, Filotea, de suerte que no haya nada sobre tí que arrastre, ni esté mal aliñado. Menosprecio es de aquellos con quien conversamos el ir con ellos en hábito desagradable; pero guárdate de los adornos impertinentes, vanidades, curiosidades, y locuras.

ras. Mantendraste siempre, quanto te sea posible, en la simplicidad, y modestia, que es sin duda el mayor adorno de la hermosura, y la mejor escusa para la fealdad. San Pedro advierte, principalmente á las mugeres mozas, el no traer los cabellos crespos, rizos, y ensortijados. Los hombres que son tan apocados, que se dan á estas acciones mugeriles, son estimados en todas partes como hermafroditas; y las mugeres vanas son tenidas por de poca castidad, ó por lo menos, si la tienen, no es visible entre tantas buxerías, y bagatelas. Dicen ellas que no piensan mal; pero yo replico, como he hecho otras veces, que si ellas no, el diablo sí, y siempre. Quanto á mí, yo querría que mi devoto, y devota estuvieran siempre los mejor vestidos de la junta, pero los menos pomposos, y afectados; y como se dice en los Proverbios, que se adornasen de gracia, decencia, y dignidad. San Luis dice en una palabra que nos debemos vestir segun nuestro estado, de suerte que los sabios, y buenos no puedan decir: Tú haces demasiado; ni la gente moza: Tú haces muy poco; pero en caso que los mozos no se quieran contentar con la

decencia, nos debemos arrimar al parecer de los sabios.

CAPITULO XXVI.

Del hablar, y primeramente cómo hemos de hablar de Dios.

LOS Médicos toman gran conocimiento de la salud, ó enfermedad de un hombre por la inspeccion de su lengua. Así nuestras palabras son verdaderos indices de las calidades de nuestras almas. *Por tus palabras*, dice el Salvador, *tú serás justificado*, y *por tus palabras tú serás condenado*. Vese que aplicamos luego la mano al dolor que tenemos, y la lengua á aquello á que nos aficionamos.

Si fueres, pues, verdaderamente enamorada de Dios, Filotea, tú hablarás siempre de Dios en los discursos familiares que hicieres con tus domésticos, amigos, y vecinos: sí, porque la boca del justo meditará la sabiduría, y su lengua hablará el juicio. Y como las abejas no hacen otra cosa sino la miel con su pequeña boquilla; así tu lengua estará siempre ocupada en la dulzura de Dios, y no tendrá mayor suavidad que el sentir deslizarse por entre tus labios alabanzas, y bendiciones de su san-

santo nombre; como dicen de San Francisco, que pronunciando el santo nombre del Señor, chupaba, y mamaba sus labios, como para sacar la mayor dulzura del mundo.

Hablarás, pues, siempre de Dios como de Dios; esto es, con reverencia, y devocion, no haciéndote docta, ni predicadora, sino con un espíritu de dulzura, caridad, y humildad, destilando quanto pudieres (como se ha dicho de la Esposa en el Cántico de los Cánticos) la miel suave de la devocion, y de las cosas divinas gota á gota, ya en las orejas del uno, y ya en las del otro: rogando á Dios en lo secreto de tu alma sea servido de hacer pasar, y penetrar este santo rocío en lo íntimo del corazón de los que te oyen.

Sobre todo se ha de hacer este oficio Angélico blanda y suavemente, no por manera de correccion, sino por manera de inspiracion; porque es de maravillar, quanto á la suavidad, y amigable proposicion de alguna buena cosa, quán poderoso cebo es para atraer los corazones.

No hables, pues, nunca de las cosas de Dios por manera de entretenimiento, sino siempre con atencion, y devocion. Digo esto por librarte de una

notable vanidad que se halla en muchos que hacen profesion de devocion; los quales á qualquier propósito dicen palabras santas, y fervorosas por cierta manera de mesurada costumbre, sin que por eso sientan lo que dicen; y despues les parece son tales, quales sus palabras muestran, lo qual es á veces muy al contrario.

CAPITULO XXVII.

De la honestidad de las palabras, y del respeto que se debe á las personas.

SI alguno no peca de palabra (dice Santiago), el tal es hombre perfecto. Procura cuidadosa no dexar se te escape ninguna palabra deshonesta; porque aunque tú no la digas con mala intencion, los que la oyen pueden darla otro sentido. La palabra deshonestata, cayendo en un corazón flaco, se extiende, y dilata como una gota de aceyte sobre el paño, y á veces se apodera de suerte del corazón, que le hinche de mil pensamientos, y tentaciones resbaladizas; por como el veneno del cuerpo entra por la boca, tambien el del corazón entra por la oreja, y la lengua que le produce es matadora: porque aunque el veneno que haya arrojado no ha-

haga su efecto, por haber llamado los corazones de los oyentes apercebidos de algun contraveneno, no por eso ha quedado por tu malicia el no haberlos muerto. Tampoco me diga nadie que no lo pensaba; porque nuestro Señor, que conoce los pensamientos, ha dicho que la boca habla de la abundancia del corazón. Y si nosotros no pensábamos mal, el demonio sí, y se sirve siempre de estas malas palabras para penetrar el corazón de alguno. Dicen que los que han comido la hierba que llaman Angélica, tienen siempre el aliento dulce, y agradable; y los que tienen en el corazón la honestidad, y castidad, que es la virtud angélica, tienen siempre sus palabras limpias, comedidas, y vergonzosas. Quanto á las cosas indecentes, y locas, el Apostol no quiere ni aun solo que las nombren, asegurándonos que nada corrompe tanto las buenas costumbres como las malas conversaciones.

Si estas palabras se dicen disimulada y encubiertamente, con cierta arte, y sutilezas, entónces son sin comparacion mas venenosas; porque como un dardo quanto es mas agudo de punta, tanto mas facilmente entra en nuestros cuerpos, así

un dicho, quanto es mas aguda, tanto mas penetra nuestros corazones. Y los que piensan ser muy bizarros, y discretos, usando de tales dichos con los que conversan, no saben para qué se hícieron las conversaciones, porque estas deben ser como enjambre de abejas juntas, para hacer la miel de algun dulce, y virtuoso entretenimiento; y no como junta de moscones, amontonados solo para lamer, y chupar alguna hediondez. Si algun loco te dice palabras indecentes, muéstrale que tus orejas se hallan ofendidas, ó volviéndole luego el rostro, ú de otra manera, segun tu prudencia te enseñare.

Una de las peores condiciones que uno puede tener es el ser fisgon. Dios aborece en extremo este vicio, y ha hecho por él en tiempos pasados estraños castigos. No hay cosa que sea mas contraria á la caridad, y mucho mas á la devocion, como el menosprecio del próximo. El escarnio, pues, y la burla no se hace jamas sin este menosprecio: causa por que es un muy grande pecado; y así los Doctores tienen razon de decir que el escarnio es la peor suerte de ofensa que se puede hacer al próximo, por quanto las otras

ofensas se hacen con alguna estima del que es ofendido, y esta se hace solo con menosprecio.

Quanto á los juegos de palabra, que se hacen los unos con los otros con modestia, regocijo, y alegría, estos pertenecen á la virtud llamada de los Griegos *Eutrapelia*, que nosotros podemos llamar *buen conversacion*. Por estos, pues, se goza de una honesta, y amigable recreacion en las ocasiones frivolas que las imperfecciones humanas nos traen. Hémonos de guardar de deslizarnos de esta honesta alegría á las burlas. Las burlas, pues, provocan á reir, y esto por el menosprecio del próximo; pero el regocijo, y alegría provocan á reir por una simple libertad, confianza, y familiaridad, juntamente con la gentileza de alguna palabra bien dicha. San Luis, quando los Religiosos le querian hablar de cosas relevadas después del comer, *no es tiempo de llorar*, decia, *sino de alegrarse por medio de algun bonesto entretenimiento: cada uno diga lo que quisiere, como sea con honestidad*; lo qual decia por favorecer la Nobleza que tenia al rededor de sí, y no es trañarse con ella. Pero pasemos de manera el tiempo por

la recreacion, Filotea, que conservemos la santa eternidad por devocion.

CAPITULO XXVIII.

De los juicios temerarios.

NO juzguéis, y no seréis juzgados (dice el Salvador de nuestras almas): *no condenéis, y no seréis condenados.* No (dice el Santo Apostol) *juzguéis antes de tiempo, hasta que el Señor venga, que revelará el secreto de las tinieblas, y manifestará el consejo de los corazones.* O, y cuán desagradables son los juicios temerarios á Dios! Los juicios de los hombres son temerarios, porque no son jueces los unos de los otros, y juzgando ellos, usurpan el oficio de nuestro Señor. Son temerarios por quanto la principal malicia del pecado depende de la intencion, y consejo del corazon, que es para nosotros el secreto de las tinieblas.

Son temerarios porque cada uno tiene harto que hacer en juzgarse á sí mismo, sin querer juzgar á su próximo. Es cosa igualmente necesaria para no ser juzgados el no juzgar á los otros, y juzgarse á sí mismo; porque como nuestro Señor nos enseña lo uno, el Apostol nos ordena lo otro, dicien-

do: *Si nosotros nos juzgamos á nosotros mismos, nosotros no seremos juzgados.* Pero vemos por nuestros pecados cuán al contrario hacemos, pues lo que nos es defendido hacemos, juzgando en qualquier ocasion á nuestro próximo; y lo que nos es mandado, que es el juzgarnos á nosotros mismos, no lo hacemos jamas: por lo qual, segun las causas de los juicios temerarios, se les debe aplicar el remedio. Hay corazones agrios, amargos, y ásperos de su naturaleza, que vuelven asimismo agrio, y amargo todo lo que reciben; y *convierten*, como dice el Apostol, *el juicio en absyntio, no juzgando jamas del próximo sino con todo rigor, y aspereza.* Estos tales tienen gran necesidad de caer entre las manos de un buen Médico espiritual; porque siéndoles natural esta amargura de corazon, es dificultosa de vencer; y aunque en sí no sea pecado, sino una imperfeccion, es con todo eso peligrosa, por quanto introduce, y hace reynar en el alma el juicio temerario, y la detraction. Algunos juzgan temerariamente, no por acedia de corazon, sino por soberbia, pareciéndoles que quanto mas abaten la honra agena, tanto mas elevan la propia: juicios arrogantes,

y locos, que se maravillan de sí mismos, y se levantan tan altos en su propia estimacion, que miran todo lo demas como cosa pequeña, y baxa. *To no say como los otros hombres*, decia el loco Fariseo. Algunos no tienen este orgullo manifesto, sino solo un cierto, y pequeño gusto en la consideracion del mal ageno, para saborear, y hacer saborear mas dulcemente el bien contrario, de que se juzgan dotados; y este agrado, ó complacencia es tan secreta, é imperceptible, que si no se tiene buena vista, no se podrá de ninguna manera descubrir; y en sí mismos los que son tocados de él no le conocen si no se les muestra. Otros, por lisonjarse, y escusarse á sí mismos, y por templar los remordimientos de su conciencia, juzgan facilmente, y de buena gana que los otros son viciosos, y en el vicio á que ellos son dados, ó en algun otro por lo menos tan grande, pareciéndoles que la mucedumbre de reos hace su pecado menos reprehensible. Muchos se dan al juicio temerario por el solo gusto que reciben en filosofar, y adivinar las costumbres, y condiciones de las personas, por manera de exercicio de espíritu; y si

por suerte aciertan alguna vez con la verdad en sus juicios, el atrevimiento, y deseo de continuar crece en ellos de manera; que no hay quien los aparte de este vicio. Otros juzgan por pasión, y piensan siempre bien de aquello que aman, y siempre mal de aquello que aborrecen, sino es en un caso admirable, y no obstante verdadero, en el qual el exceso del amor provoca á hacer mal juicio de lo que se ama: efecto monstruoso, como en fin nacido de un amor impuro, imperfecto, alborotado, y enfermo, que son los zelos; los cuales, como todos saben, por una sola, y simple vista, ó por la menor risa, ó correspondencia, condena las personas de maldad, y adulterio. En fin, el miedo, la ambicion, y otras semejantes flaquezas de espíritu, son causa de ordinario de semejantes sospechas, y juicios temerarios. Pero qué remedio para esto? Los que beben el zumo de la hierba llamada Offiusa de Etiopia, por donde quiera que extienden la vista, les parece que ven serpientes, y cosas espantosas; y los que han alojado á la soberbia, á la envidia, á la ambicion, y al rencor, no ven cosa que no hallen mala, y digna de menospre-

cio. Aquellos para verse sanos debian tomar vino de palma; y lo mismo digo para estos otros: bebed lo mas que podais el vino sagrado de la caridad, que él os evacuará de estos malos humores, que os llevaban á hacer juicios errados. La caridad no solo no busca el mal, pero teme de encontrarle: quando le encuentra vuelve la cabeza, y disimula, y aun cierra los ojos antes de verle al primer ruido que apercebe; y despues cree por una santa simplicidad, que no era mal, sino solo la sombra, ó alguna fantasma suya: y si por fuerza reconoce ser el mismo mal, al mismo punto procura despedir este pensamiento, y olvidar su figura. La caridad es el gran remedio para todos los males, y principalmente para este. Todas las cosas parecen amarillas á los ojos de los atericiados. Dicen que para sanarlos se les ha de poner debaxo de la planta de los pies la Esclarianota. Así este pecado de juicio temerario es una tercia espiritual, que hace parecer todas las cosas malas á los ojos de los que estan tocados de ella; mas quien quiere sanar, es menester que ponga los remedios, no en los ojos, no en el entendimiento, sino en las aficiones, que

que són los pies del alma. Si tus aficiones son benignas, tu juicio será benigno: si son caritativas, tu juicio será de la misma suerte. Diréte tres exemplos admirables. Isaac habia dicho que Rebeca era su hermana. Abimelech vió que jugaba con ella; esto es, que la acariciaba tiernamente, y juzgó luego que era su muger. Un ojo maligno hubiera antes juzgado que era su amiga, ó si era su hermana, que era un incesto. Mas Abimelech sigue la mas caritativa opinion que en tal caso podia tener. Menester es, hacer siempre lo mismo, Filotea, juzgando en favor del próximo quanto nos sea posible; que si una accion pudiera tener cien caras, deberiamos mirarla en la que fuese mas hermosa. Nuestra Señora estaba preñada: San Joseph lo veia claramente; mas como por otra parte la consideraba enteramente santa, y enteramente angélica, no pudo aun creer estuviere preñada contra su deber; y dexándola, resolvió de dexar el juicio á Dios; y aunque el argumento fue violento para hacerle concebir mala opinion de la Virgen, no quiso con todo eso jamas juzgarle. Mas por qué? Porque (dice el Espiritu de Dios) era justo. El hombre justo quando

Tom. II.

no puede excusar ni el hecho, ni la intencion de aquel á quien ha conocido hombre de bien, aun no quiere juzgarle, sino antes procura desechar el tal pensamiento, dexando el juicio á solo Dios. Crucificado nuestro Salvador, no pudiendo excusar por entero el pecado de los que le crucificaban, por lo medos disminuía la malicia alegando su ignorancia. Quando no podemos excusar el pecado, hagámosle por lo menos digno de compasion, atribuyéndole á la causa mas soportable que podamos.

Luego no podemos nunca juzgar al próximo? No por cierto, jamas: el mismo Dios, Filotea, es el que juzga á los reos en la justicia. Verdad es que se sirve de la voz de los Magistrados para hacerse inteligible á nuestras orejas. Estos son sus Ministros, é Interpretes; y no pueden pronunciar cosa fuera de lo que han aprendido de él, como en fin oráculos suyos. Y si hacen otra cosa, siguiendo sus propias pasiones, entónces serán sin duda ellos los que juzguen, y los que por consiguiente serán juzgados; porque es prohibido á los hombres, en calidad de hombres, el juzgar á los otros.

El ver, ó conocer una cosa, no es juzgarla; porque el juicio

cio (segun la frasis de la Escritura) presupone alguna pequeña, ó grande, verdadera, ó aparente dificultad, la qual sea necesario resolver. Por esto dice, que los que no creen, son ya juzgados, por quanto no hay duda en su condenacion. No será, pues, mal hecho el dudar del próximo? No, porque no es defendido el dudar, sino el juzgar; pero tampoco es permitido ni el dudar, ni el sospechar, sino solo aquello que las razones, y argumentos nos fueren á dudar: de otra suerte las dudas, y sospechas serian temerarias. Si algun ojo maligno hubiera visto á Jacob quando besaba á Raquel junto al pozo, ó á Rebecca quando aceptó los brazaletes, y zarcillos de Eliezer, hombre desconocido en aquella tierra, sin duda que el tal hubiera pensado mal de estos dos exemplos de castidad, pero sin razon, y fundamento; porque quando una accion es de sí misma indiferente, es una sospecha temeraria el sacar de ella una mala consecuencia, si no es que otras muchas circunstancias den fuerza al argumento. Es tambien juicio temerario el sacar consecuencia de un acto para injuriar la persona. Diré luego esto mas claramente.

En fin, los que tienen buena cuenta con sus conciencias, pocas veces se hallan sujetos al juicio temerario; porque como las abejas, viendo revuelto el ayre en el tiempo nublado, se retiran á sus colmenas á mirar por su miel; así los pensamientos de las buenas almas no salen, ni se muestran sobre los objetos revueltos, ni entre las acciones lóbregas, y nubladas de los próximos; antes para excusar el encontrarlas, se encierran en sus propios corazones, para imaginar las buenas resoluciones de su propia enmienda.

Es muy de una alma inútil el embarazarse con el exámen de las vidas ajenas. Hago excepcion de los que tienen cargo de otros, así en la familia, como en la República; porque una buena parte de la conciencia de estos consiste en el velar, y mirar por la de los otros. Hagan, pues, los tales su deber con amor, y despues de esto retirense en sí mismos para mirar por sí mismos,

CAPITULO XXIX.

De la mormuracion.

EL juicio temerario produce la inquietud, el menosprecio del próximo, la soberbia, y la satisfaccion, y agrada-

agrado de sí mismo, y otros muchos efectos perniciosísimos, entre los quales la mormuracion tiene uno de los primeros lugares, como la verdadera peste de las conversaciones. O quien tuviera una de las brasas del santo altar, para tocar los labios de los hombres, y que así quedasen limpios de iniquidad, y pecado, á imitacion del Serafin que purificó la boca de Isaias! Quien quitase la mormuracion del mundo, quitaria una gran parte de los pecados, é iniquidades. Qualquiera que quita injustamente la buena fama á su próximo, fuera del pecado que comete, está obligado á hacer la reparacion, aunque diversamente, segun la diversidad de las mormuraciones, porque ninguno puede entrar en el Cielo con el bien de otro; y entre todos los bienes exteriores la buena fama es el mejor. La mormuracion es una especie de homicidio; porque así como nosotros tenemos tres vidas, es á saber, la espiritual, que consiste en la gracia de Dios, la corporal en el alma, y la civil en la buena fama; el pecado nos quita la primera, la muerte la segunda, y la mormuracion la tercera. El maldiciente por un solo golpe de su lengua hace or-

dinarmente tres homicidios: mata su alma, y la del que le escucha con un homicidio espiritual, y quita la vida civil á aquel de quien mormura, ó maldice; porque (como dice San Bernardo) «aquel que destraeña, y aquel que oye tal maldiciente, todos dos tienen el diablo sobre sí; sino que el uno le tiene en la lengua, »y el otro en la oreja.» David, hablando de los maldicientes, dice: «Afilado han sus lenguas como una serpiente.» La serpiente, pues, tiene la lengua hendida, y con dos puntas, como dice Aristóteles, y tal es la lengua del maldiciente, la qual con un solo golpe pica, y emponzoña la oreja del oyente, y la reputacion de aquel á quien habla. Ruégote, pues, amada Filotea, no mormures jamas de persona, directa, ni indirectamente: guárdate de imponer falsas culpas, y pecados al próximo, de descubrir los que son secretos, de engrandecer los que son manifestos, de interpretar en mala la buena obra, de negar el bien que sabes cabe en alguno, de disimularle maliciosamente, y disminuirle con palabras; porque de todas estas maneras ofenderás á Dios en extremo, y sobre todo acusando falsa-